

TERCERA PARTE

DE LAS PASIONES PARTICULARES

ART. 149. De la estimación y el desprecio.

Explicadas ya las seis pasiones primitivas que vienen á ser como los géneros de que son especies todas las demás, expondré sucintamente las particularidades de cada una de éstas, guardando el mismo orden que seguí en la enumeración.

Las dos primeras son la estimación y el desprecio. Aunque estas dos palabras significan las opiniones que desapasionadamente formamos acerca del valor de las cosas, como de estas opiniones nacen con frecuencia pasiones que no reciben ningún nombre particular, creo que lo más acertado es designarlas con esos dos.

La estimación, en cuanto pasión, es una inclinación del alma á representarse el valor de la cosa estimada. Esta inclinación es producida por un movimiento particular de los espíritus que en el cerebro fortifican la idea de ese valor.

La pasión del desprecio es una inclinación del alma á representarse la baja ó pequeñez de la cosa despreciada. Produce esta inclinación (y así es producida también la anterior) un movimiento de los espíritus que en el cerebro fortifican la idea de esa baja ó pequeñez.

ART. 150. Que estas dos pasiones no son más que especies de la admiración.

Estas dos pasiones no son más que especies de la admiración. Cuando no admiramos la grandeza ni la pequeñez de un objeto, formamos de él la opinión que la razón nos dicta, lo estimamos ó despreciamos des-

apasionadamente. Aunque con frecuencia nazca la estimación del amor y el desprecio del odio, no es lo general que así ocurra. La mayor ó menor afección que por las cosas sentimos nos inclina más ó menos á considerar su grandeza ó su pequeñez.

ART. 151. Que estas pasiones son más dignas de atención cuando se refieren á nosotros mismos.

Estas dos pasiones pueden referirse á toda clase de objetos; pero son más dignas de atención cuando se relacionan con nosotros mismos, es decir, cuando el propio mérito es lo que estimamos ó despreciamos. En este caso, el movimiento de los espíritus es tan manifiesto que cambia el aspecto, los gestos, el modo de conducirse y, en general, todos los actos de los que conciben de ellos mismos, mejor ó peor opinión que de ordinario.

ART. 152. Porqué causa podemos estimarnos.

Expondré aquí mi opinión sobre la causa por la que debemos estimarnos ó despreciarnos. No encuentro más que una sola cosa que haga que en justicia nos estimemos, y es el uso de nuestro libre albedrío y el imperio que sobre nuestros deseos tenemos. Sólo por los actos que dependen de la voluntad libre podemos ser ensalzados ó vituperados. El libre albedrío nos asemeja en cierto modo á Dios, al hacernos dueños de nuestros actos, con tal no perdamos, por cobardía, los derechos que nos da ese libre albedrío.

ART. 153. En qué consiste la verdadera grandeza de alma.

Yo creo que la verdadera grandeza de alma — causa de que el hombre se estime todo lo que legitimamente puede estimarse — consiste en el conocimiento de que nada le pertenece más que la libre disposición de sus deseos y, por consiguiente, que puede ser alabado ó

censurado según el uso que haga de su libertad. No se limita á esto la grandeza de alma; exige también una firme y constante resolución de hacer todo lo que estime, por su bondad, digno de hacerse. En esto consiste la virtud.

ART. 154. Que esta cualidad impide que se desprecie á los demás.

Los que poseen esta cualidad se persuaden fácilmente de que cada uno de los demás la puede tener también, porque nada hay en ella que dependa de otro. Por eso nunca desprecian á nadie. Aunque vean las faltas nacidas de la debilidad moral de los otros, se sienten más dispuestos á disculparlas que á censurarlas y creen que las cometen no por falta de buena voluntad, sino por ignorancia. Si no se creen muy inferiores á los que tienen más fortuna ó dignidades ó son más sabios, más inteligentes ó más bellos, tampoco se estiman muy superiores á ellos, porque consideran que lo más importante es la buena voluntad y suponen que ésta se halla, ó al menos puede hallarse, en todos los hombres.

ART. 155. En qué consiste la humildad virtuosa.

Los hombres de más grandeza de alma son, por lo general, los más humildes. La humildad virtuosa consiste en la reflexión que hacemos sobre la poca firmeza de nuestra naturaleza y sobre las faltas que hemos cometido ó podemos cometer y que no son menores que las cometidas por los demás. Por esta razón no nos consideramos superiores á ninguno y pensamos que los otros pueden usar de su libre albedrío tan bien como nosotros.

ART. 156. Cuáles son las propiedades de la grandeza de alma, y cómo ésta sirve de remedio contra los desórdenes producidos por las pasiones.

Los que poseen esta cualidad se sienten inclinados á hacer grandes cosas pero nunca á intentar lo que no

son capaces de realizar; procuran por el bien de sus semejantes, aun despreciando el propio interés, y son siempre corteses, afables y oficiosos con todos. Son dueños de sus pasiones y especialmente del deseo, de los celos y de la envidia, porque no aspiran á nada que esté fuera de su alcance; del odio á los hombres, porque á todos los aman; del miedo, porque la confianza en la propia virtud les da valor; y, finalmente, de la cólera, porque estiman muy poco las cosas que dependen de otro y nunca se muestran ofendidos por las asechanzas de los enemigos.

ART. 157. Del orgullo.

Los que conciben buena opinión de sí mismo por cualquier otra causa, no tienen verdadera grandeza de alma y sí un orgullo que es tanto más vicioso cuanto más injusta es la causa de la propia estimación. El orgullo peor, siendo todos malos, es el que no tiene ningún motivo en qué fundar el exagerado amor propio, el que no nace de atribuirse un mérito cualquiera, sino de la creencia de que la gloria es una usurpación y, por consiguiente, el que mejor sepa atribuírsela será el que más tenga, independientemente de los verdaderos méritos. Es tan irracional y tan absurdo este vicio que nunca hubiera creído en su existencia de no haber personas ensalzadas injustamente. Es tan común la adulación, que no hay hombre, por defectuoso que sea, no se haya visto alabado alguna vez por cosas que no lo merecen. Estas alabanzas injustas dan lugar en los estúpidos é ignorantes á la especie de orgullo que hemos indicado.

ART. 158. Que sus efectos son contrarios á los de la verdadera grandeza de alma.

Si la causa por la que nos estimamos no es el deseo de usar bien nuestro libre arbitrio — ya he dicho que ésta es la causa de la grandeza de alma — produce siempre un censurable orgullo tan diferente de la verdadera

grandeza de alma, que los efectos de uno y otra son completamente opuestos. Todos los demás bienes, como el talento, la belleza, las riquezas, los honores, etc., son tanto más estimados cuanto menor es el número de personas que los poseen y la mayor parte de ellos son de tal naturaleza que es imposible que uno los comunique á los demás. Por esta razón los orgullosos tratan de rebajar á sus semejantes, son esclavos de sus deseos y tienen el alma incesantemente agitada por el odio, la envidia, los celos ó la cólera.

ART. 159. De la humildad viciosa.

La bajeza ó humildad viciosa consiste principalmente en sentirse débil é irresoluto no pudiendo dejar de hacer cosas que sabemos han de producirnos después el arrepentimiento de haberlas hecho. La humildad viciosa procede como si careciera el alma del uso de su libre albedrío; y los arrastrados por tal pasión creen que nada pueden hacer por su propio esfuerzo y que les es imposible vivir sin ciertas cosas cuya adquisición depende de otros.

La bajeza es completamente opuesta á la grandeza de alma. No obstante, ocurre con frecuencia que los hombres de alma más baja son los más arrogantes y soberbios, y los más generosos y elevados son los más modestos y humildes; pero con una diferencia muy digna de observarse. Los hombres de espíritu fuerte y generoso no suelen cambiar de humor ni de conducta por las prosperidades ó adversidades que les sobrevengan; los espíritus débiles y abyectos son esclavos de la suerte, de la circunstancialidad de la vida: la prosperidad los hace tan orgullosos como humildes la adversidad, se humillan ante quien puede hacerles algún favor ú ocasionarles algún mal y se yerguen insolentes cuando no esperan un beneficio ni temen ningún mal.

ART. 160. Cuál es el movimiento de los espíritus en estas pasiones.

Fácil es conocer que el orgullo y la bajeza no sólo son vicios, sino también pasiones, porque la emoción

de ellas se exterioriza con mucha fuerza en los que se hallan abatidos ó enorgullecidos por cualquier circunstancia. Puede haber alguna duda respecto á si la grandeza de alma y la humildad, que son virtudes, es posible que sean también pasiones, puesto que sus movimientos parecen menores y que la virtud no simpatiza con la pasión que produce el vicio. Yo no veo razón alguna que impida que el mismo movimiento de los espíritus que sirve para fortificar un pensamiento cuando su fundamento es malo, sirva para fortificarlo, aun cuando ese fundamento sea injusto.

No consistiendo el orgullo y la grandeza de alma más que en la buena opinión que de nosotros mismos tenemos y no existiendo entre uno y otra más que la diferencia de que en aquel es injusta la opinión que hemos formado y justa en esta última, creo que lo mismo el orgullo que la grandeza de alma pueden referirse á una sola pasión excitada por un movimiento compuesto de los de la admiración, de la alegría y del amor.

El movimiento que excita la humildad está compuesto de los de la admiración, de la tristeza y del amor que por nosotros mismos sentimos mezclado con el odio que nuestros defectos nos inspiran y que hace que nos despreciamos. Esto acontece tanto en la humildad virtuosa como en la viciosa.

Toda la diferencia que observo en estos movimientos consiste en que el de la admiración tiene dos propiedades: la primera cualidad es, que la sorpresa lo hace fuerte desde un principio; y la segunda, que es igual en su continuación, es decir, que los espíritus continúan moviéndose en el cerebro del mismo modo. De estas propiedades, la primera se encuentra más en el orgullo y en la bajeza que en la grandeza de alma y en la humildad virtuosa; y la segunda, por el contrario, se observa más en las dos últimas que en las otras. La razón de esta diferencia es bien clara; el vicio procede ordinariamente de la ignorancia, y por tanto los que menos se conocen son los más inclinados á enorgullecerse y á humillarse más de lo que deben, porque todo lo que les sucede les sorprende y como lo atribuyen no á las circunstancias sino á ellos mismos, se admiran y se

estiman ó menosprecian según lo ocurrido sea favorable ó desfavorable. Si después de una cosa que ha despertado en ellos el orgullo se realiza otra que hace que se humillen, en poco tiempo habrán experimentado dos pasiones distintas y aun opuestas. He aquí porqué afirmaba en este mismo artículo la variabilidad de las pasiones de esos hombres.

Por el contrario, en la grandeza de alma nada hay incompatible con la humildad virtuosa y nada puede cambiarlas. Por eso sus movimientos son firmes, constantes y siempre iguales. Los que se estiman de una manera elevada y noble, no se ven tan sorprendidos como los ignorantes por los acontecimientos, y conocen perfectamente las causas por las que se estiman. Estas causas son tan maravillosas (el poder de usar el libre albedrío, causa de que sintamos por nosotros mismos una legítima estimación, y las enfermedades y fragilidad de nuestra naturaleza, causas de que aquella estimación no sea exagerada) que cada vez que de nuevo nos las representamos nos producen una nueva admiración.

ART. 161. Cómo puede adquirirse la grandeza de alma.

Ante todo he de hacer notar que las virtudes son los hábitos del alma que la inclinan á ciertos pensamientos. Son diferentes de éstos pero pueden producirlos, y recíprocamente, ellas pueden ser producidas por esos pensamientos.

Hay que tener en cuenta también que los pensamientos pueden ser producidos sólo por el alma y que suele ocurrir que algún movimiento de los espíritus los fortifique y entonces se convierten en actos de virtud y en pasiones del alma. Aunque no existe virtud que parezca tan contribuída por el nacimiento como la que hace que nos apreciemos en nuestro justo valor y aunque nos inclinemos á creer que todas las almas que Dios ha puesto en nuestros cuerpos no son igualmente nobles y fuertes, es muy cierto, sin embargo, que la buena educación sirve muy eficazmente para corregir los defectos de nacimiento, y que si nos detenemos á

considerar lo que es el libre albedrío, cuántas son las ventajas que se originan de la firme resolución de usar bien de él, y la vanidad é inutilidad de los cuidados que preocupan á los ambiciosos, podemos excitar en nosotros la pasión y luego adquirir la virtud de la generosidad, que es como la llave de todas las demás virtudes y un remedio general contra las perturbaciones que causan las pasiones. Esta consideración bien merece ser atendida.

ART. 162. De la veneración.

La veneración ó respeto es una inclinación del alma á estimar el objeto que reverencia y á someterse á él con algún temor para conseguir que le sea favorable.

Nos inspiran veneración las causas libres capaces de producirnos bien ó mal sin que sepamos cuál ha de ser el resultado de su acción. Sentimos amor más bien que veneración por las causas libres que creemos han de producir efectos favorables para nosotros; sentimos odio por aquellas otras que creemos han de ser de resultados funestos.

Si la causa de ese bien ó ese mal no es libre, no nos sometemos á ella para conseguir que nos sea favorable. Cuando los paganos adoraban las montañas, los árboles y las fuentes, no eran estas cosas muertas el objeto de su veneración, sino las divinidades que creían se manifestaban en ellas.

El movimiento de los espíritus que excita la veneración se compone del que excita la admiración y del que excita el temor.

ART. 163. Del desdén.

Lo que llamamos desdén es la inclinación del alma á despreciar una causa libre que aun siendo capaz por naturaleza de producirnos un bien ó un mal, está, sin embargo, tan lejos de hacernos sentir su influencia que no puede causarnos lo uno ni lo otro.

El movimiento de los espíritus que excita el desdén está compuesto de los que excitan la admiración y el atrevimiento.

ART. 164. Del uso de estas dos pasiones.

La grandeza de alma y la pobreza de espíritu ó bajeza, determinan el uso bueno ó malo de estas dos pasiones. Las almas nobles y grandes dan su justo valor y rinden el debido tributo á todas las cosas. Ante Dios se sienten profundamente humildes; otorgan á los hombres el honor y el respeto que merecen y sólo los vicios inspiran en ellas el desprecio.

Las almas bajas y mezquinas suelen pecar por exceso; adoran y temen cosas dignas de desprecio ó desdennan las que más debían venerar; y pasan con extrema facilidad de la impiedad á la superstición y de la superstición á la impiedad, de suerte que son capaces de todos los vicios y de todas las perturbaciones del espíritu.

ART. 165. De la esperanza y del temor.

La esperanza es una disposición del alma á persuadirse de que sucederá lo deseado por ella. La causa de esta disposición es un movimiento particular de los espíritus compuesto por los de la alegría y el deseo.

El temor es una disposición del alma á persuadirse de que no sucederá lo deseado por ella.

Aunque estas dos pasiones son contrarias, suelen encontrarse juntas, como cuando al mismo tiempo nos representamos diversas razones, de las cuales unas nos inducen á creer que es fácil el cumplimiento de lo deseado y otras llevan á nuestro ánimo el convencimiento de que es difícil la realización de ese deseo.

ART. 166. De la seguridad y de la desesperación.

Siempre que á una de estas pasiones acompaña el deseo, queda algún lugar para la otra.

Cuando la esperanza es tan fuerte que disipa completamente el temor, se convierte aquella en lo que penominamos seguridad; y cuando estamos seguros de

que nuestros deseos tendrán la más cumplida realización, desaparece la agitación producida por la pasión del deseo que nos causaba la inquietud propia de la incertidumbre.

Cuando el temor es tan extremo que disipa toda esperanza, se convierte aquel en desesperación, y ésta, al representarnos la cosa como imposible, apaga el deseo, el cual sólo se refiere á las cosas consideradas como posibles.

ART. 167. De los celos.

Los celos son una especie de temor que se refiere al deseo de conservar la posesión de algún bien.

Más que de la fuerza de las razones que nos llevan á creer que podemos perder el bien que amamos, proceden los celos de la estimación que éste nos inspira. Esa misma estimación es causa de que examinemos atentamente hasta los más insignificantes motivos de sospecha y los tomemos por razones de gran importancia.

ART. 168. En qué casos puede ser legítima esta pasión.

Esta pasión puede ser justa en algunas ocasiones porque ha de ponerse mayor cuidado en la conservación de los bienes grandes que en la de los bienes menores. Un general que defiende una plaza sitiada debe ser celoso, desconfiando de todo lo que puede ser indicio de que trata de ponerse en práctica algún procedimiento para sorprenderla. Una mujer honesta no puede ser censurada por muy celosa que se muestre de su honor á fin de evitar hasta el motivo más pequeño de maledicencia.

ART. 169. En qué casos es vituperable.

En cambio nos burlamos del avaro celoso de su tesoro, que no deja de mirarlo un instante, ni se aparta

de él por temor á que se lo roben, porque el dinero no vale la pena de guardarlo con tanto cuidado.

Si despreciamos al hombre celoso de su mujer, es porque estos celos nos indican que no la ama con un amor verdadero y legítimo y tiene una mala opinión de él mismo ó de ella. Digo que no la ama con amor verdadero y legítimo porque si así fuera no desconfiaría de ella. No es á su mujer á quien ama, sino al bien que su posesión le produce. No temería perder ese bien si no juzgara que es indigno de gozarlo ó que su mujer le es infiel.

Esta pasión consiste en las sospechas y desconfianzas infundadas, porque no es celoso el que trata de evitar un mal cuando tiene las suficientes razones para temerlo.

ART. 170. De la irresolución.

La irresolución es una especie de temor que tiene al alma suspensa entre dos acciones y es causa de que no ejecute ninguna. Esta pasión es buena en cuanto nos permite escoger antes de determinarnos en un sentido ó en otro; y es mala cuando dura más de lo necesario y el tiempo que debía ser empleado en la ejecución lo empleamos en la deliberación.

Afirmo que la irresolución es una especie de temor, aun cuando puede ocurrir, tratándose de elegir entre varias cosas que se nos presentan como igualmente buenas, que estemos inciertos é irresolutos, sin que por esto tengamos ningún temor — porque esa irresolución procede solamente del motivo presente al alma y no de la emoción de los espíritus. Además para que la irresolución sea pasión es preciso que la incertidumbre esté aumentada por el temor de errar en la elección.

Este temor se da en algunos con tal frecuencia y energía que aun en el caso de que la elección sea imposible porque sólo ven una cosa para aceptarla ó rechazarla, se detienen al llegar el momento de obrar y buscan inútilmente otras cosas. Este exceso de irresolución proviene de un deseo demasiado enérgico y exagerado de hacer el bien y de una pobreza de entendi-

miento que en lugar de nociones claras y distintas sólo tiene ideas confusas de las cosas. El remedio adecuado á evitar esa pasión consiste en acostumbrarse á formar juicios concretos y determinados de todas las cosas y adquirir el convencimiento de que el deber queda cumplido cuando elegimos lo que juzgamos mejor, aun cuando estemos sujetos á equivocarnos.

ART. 171. Del valor y de la temeridad.

El valor — considerado como pasión y no como hábito ó inclinación natural — es cierto ardimiento ó agitación que dispone poderosamente al alma á la ejecución de las cosas á que aspira de cualquier naturaleza que sean. La temeridad es una especie de valor que inclina al alma á la ejecución de las cosas más peligrosas.

ART. 172. De la emulación.

La emulación es también una especie de valor, pero en distinto sentido que la temeridad. El valor puede ser considerado como un género que se divide en tantas especies cuantos son sus objetos y sus causas. Á las especies de valor determinadas por el objeto pertenece la temeridad; á las determinadas por la causa pertenece la emulación. Esta no es más que el ardimiento que dispone al alma á la ejecución de cosas que cree han de producir un buen resultado porque á otros así les ha ocurrido. Es una especie de valor cuya causa externa es el ejemplo. Digo causa externa porque además de ésta hay una interna que consiste en que el cuerpo está dispuesto de tal modo que el deseo y la esperanza tienen más fuerza para hacer ir la sangre al corazón, que el temor ó la desesperación para impedirlo.

ART. 173. Cómo la temeridad depende de la esperanza.

El objeto de la temeridad es la dificultad; de ésta nace el temor y hasta la desesperación; de suerte que

en las cosas más peligrosas y desesperadas, es donde se emplea más temeridad y valor. Sin embargo, debemos abrigar alguna esperanza y en ocasiones tener la seguridad de conseguir el fin que nos proponemos, para oponernos con vigor á las dificultades que nos salgan al paso. Pero en ese caso, el fin es diferente del objeto; es imposible estar seguro y desesperado de una cosa al mismo tiempo. Cuando los héroes se arrojan á las filas enemigas y corren á una muerte cierta, el objeto de su temeridad es la dificultad de conservar su vida durante esa acción, dificultad que engendraba en ellos la desesperación porque estaban seguros de su muerte; su fin es el de animar á los demás con el ejemplo y hacerles obtener la victoria, es decir, que sus esperanzas se cifran en la victoria.

Su fin es la gloria después de la muerte; y de ganar esa gloria después de su heroica acción tienen la más completa seguridad.

ART. 174. De la cobardía y el miedo.

La cobardía se opone directamente al valor, y es una frialdad ó languidez que impide al alma inclinarse á la ejecución de cosas que realizaría si estuviera exenta de esta pasión. El miedo ó espanto, opuesto á la temeridad, es no solamente cierta frialdad sino también un temblor y un asombro del alma que la priva del poder de resistir á los males que cree la cercan.

ART. 175. De los efectos de la cobardía.

No puedo persuadirme de que la naturaleza haya puesto en los hombres alguna pasión que sea siempre un vicio y nunca sirva para nada útil y loable; trabajo me cuesta abrir los ojos á la evidencia, cuando considero en qué sirven al hombre la cobardía y el miedo.

La cobardía nos evita algunas penas que podríamos tomarnos por razones verosímiles, porque esa pasión hace que otras razones que consideramos más ciertas disipen por completo las anteriores. Además de evitar

al alma aquellas penas, retarda el movimiento de los espíritus impidiendo que el cuerpo disipe sus fuerzas.

Pero la cobardía es casi siempre perjudicialísima porque desvía la voluntad de las acciones útiles y porque tiene su origen en la falta de esperanza y deseo. Luego el remedio consiste en aumentar estas dos pasiones.

ART. 176. De los efectos del miedo.

El miedo ó espanto nunca puede ser loable y útil. No es una pasión particular, es un exceso de cobardía, asombro y temor, y ese exceso es siempre vicioso. En cambio la temeridad es un exceso de valor que es bueno siempre que el fin propuesto sea bueno también.

La principal causa del miedo es la sorpresa; por consiguiente el mejor remedio está en el uso de la premeditación y en prepararse para todos los acontecimientos, evitando así el temor, que también es causa del miedo.

ART. 177. Del remordimiento.

El remordimiento de conciencia es una especie de tristeza originada por la duda concebida sobre la bondad de una cosa que se hace ó se ha hecho. De aquí se infiere claramente que el remordimiento presupone la duda, porque si estuviéramos seguros de la maldad de lo que hacemos nos abstendríamos de hacerlo porque la voluntad no se inclina más que á las cosas que tienen alguna apariencia de bondad; y si estuviéramos seguros de la maldad de lo que hemos hecho ya, sentiríamos arrepentimiento y no remordimiento simplemente.

Esta pasión es causa, en primer término, de que examinemos la cosa dudosa para saber si es buena ó mala, y nos impide que hagamos lo mismo otra vez en tanto no tengamos el convencimiento de la bondad de lo hecho.

Puesto que el remordimiento presupone la duda y por consiguiente el mal, lo más conveniente es que

nunca se nos ofrezca motivo para que la conciencia nos recuerde.

Los remedios de esta pasión son los mismos de que hablamos al tratar de la irresolución.

ART. 178. De la burla.

La mofa ó burla es una especie de alegría mezclada con odio procedente de la percepción de algún mal pequeño en una persona considerada como digna de él; el odio nace de ese mal, y la alegría, de que lo sufra el digno de sufrirlo; y cuando el mal sobreviene inopinadamente, la sorpresa de la admiración es causa de la risa que acompaña á la burla.

El mal debe ser pequeño, porque siendo grande, es aventurado afirmar que el que lo sufre lo merezca, á no ser qué se trate de un hombre de extraordinaria perversidad en cuyo caso el odio será también muy grande.

ART. 179. Porqué los que más defectos tienen son los más burlones.

Los que tienen defectos muy visibles, por ejemplo, los cojos, los tuertos, los jorobados, ó los que han recibido en público alguna afrenta, son los más inclinados á la burla, porque desean que los demás sean tan desgraciados como ellos y se alegran con los males del prójimo por creerlos merecidos.

ART. 180. De los efectos de la burla.

Cuando la burla no prescinde del comedimiento y combate los vicios presentándoles con una apariencia ridícula sin mezclar con ella odio contra nadie, lejos de ser una pasión es una buena cualidad, propia de un carácter festivo y un'na tranquila. Además, los que ridiculizan el vicio suelen hacerlo en nombre de la virtud y hacen gala de ingenio y habilidad en cuanto

saben presentar en forma agradable las cosas ridiculizadas.

ART. 181. De la risa en la burla.

El que ríe cuando oye las burlas de otro no comete una mala acción. Hay casos en que son las burlas de tal índole que el no reír nos causaría pesar.

Pero cuando somos nosotros los que ridiculizamos á otros conviene que nos abstengamos de reír para que no parezca que nos vanagloriamos de nuestra sátira ó que admiramos la habilidad de nuestras invenciones. De este modo produciremos más efecto en los que nos escuchan.

ART. 182. De la envidia.

Lo que llamamos comúnmente envidia es un vicio que consiste en una perversidad natural que es la causa de que ciertas personas se duelan del bien que sucede á los demás. Conviene tener muy presente que empleo la palabra *envidia* para significar una pasión que no siempre es viciosa.

La envidia, por tanto, considerada como pasión, es una especie de tristeza, mezclada con el odio, que se origina en el bien que ocurre á aquellos que por sus condiciones estimamos dignos de él. Claro es que sólo nos referimos á los bienes de fortuna, porque los del alma y hasta los del cuerpo son bienes que pudiéramos llamar de nacimiento y como los recibimos de Dios antes de que fuéramos capaces de cometer algún mal, hay que reconocer que somos dignos de ellos.

ART. 183. Que puede ser justa é injusta. :

Cuando la fortuna prodiga bienes al que de ellos es indigno y la envidia que sentimos es producida por nuestro amor á la justicia, la cual deseáramos que fuera observada en la distribución de esos bienes, en

lugar de ser vituperada nuestra tristeza ante tal injusticia debe de excusarse el celo de que damos muestra principalmente cuando el bien que envidiamos á otro puede convertirse en un mal por el uso funesto que de él haya de hacer. Cuando un cargo ú oficio importante está en manos ineptas y lo deseamos para nosotros sin que podamos obtenerlo porque otro menos digno lo posee, la pasión adquiere más violencia y, sin embargo, no deja de ser disculpable, con tal que el odio sólo recaiga sobre la mala distribución del bien objeto de la envidia y no sobre las personas que lo poseen ó lo distribuyen. Hay pocos hombres tan justos y generosos que no abriguen odio contra los que gozan de un bien que no se puede comunicar á varios y al cual aspiraron ellos. Sucede, por desgracia, todo lo contrario; los que aspiraban á una cosa odian á los que la han conseguido por muy dignos que éstos sean y por muy grandes que sean sus merecimientos.

La gloria es lo más envidiado por la generalidad de los hombres, porque, si bien la que los demás alcanzan no impide que á ella aspiremos, se hace más difícil el camino y amengua el premio que pudiéramos recibir.

ART. 184. Porqué los envidiosos tienen el rostro de un color vidrioso.

Ningún vicio perjudica tanto á la felicidad del hombre como el de la envidia, porque los envidiosos se disgustan constantemente y sufren con las alegrías de los demás. El color de su tez es vidrioso, mezcla de amarillo y negro, parecido al de la sangre marchita. Por eso en latín recibe la envidia el nombre de *livor*.

Lo que llevamos dicho de la envidia y de los envidiosos concuerda perfectamente con lo que en otro lugar expusimos respecto á los movimientos de la sangre en la tristeza y en el odio. En éste, la bilis amarilla, que viene de la parte inferior del hígado, y la negra, que procede del bazo, pasan del corazón por las arterias á todas las venas. En la tristeza, la sangre de las venas es menos caliente y más lenta que de ordinario, y por esto el color de la piel se vuelve lívido. Pero como la bilis amarilla lo mismo que la negra pueden ir á las

venas por muchas otras causas y la envidia no basta para hacer que la bilis en las venas cambie el color de la tez á no ser que esa envidia sea tan intensa y persistente que la cantidad de bilis aumente extraordinariamente, no debemos pensar que todos aquellos cuyo rostro tenga el color indicado sean envidiosos.

ART. 185. De la piedad.

La piedad es una especie de tristeza mezclada con el amor ó una buena voluntad á los que vemos afligidos por un mal que creemos no se merecen. Por razón de su objeto la piedad es lo contrario de la envidia, y en cuanto considera á nuestros semejantes que sufren de un modo muy diferente al de la burla, es también contraria á ésta.

ART. 186. Quiénes son los más piadosos.

Los que se sienten débiles y sujetos á las adversidades de la fortuna, parecen los más inclinados á esta pasión, porque se representan como posible para ellos el mal de los demás; de suerte que su piedad es más bien hija del amor propio que del amor al prójimo.

ART. 187. Que los espíritus magnánimos son también compasivos.

Los hombres de espíritu fuerte y magnánimo, aunque no temen que les ocurra algún mal y se consideran á salvo de las asechanzas de la fortuna, no dejan de sentir una viva compasión cuando contemplan la debilidad y desgracia de sus semejantes y escuchan sus quejas. Un alma grande desea á todos el bien; por eso los espíritus generosos se sienten conmovidos ante el espectáculo de las desdichas humanas.

La tristeza de esta piedad no es tan amarga como la que hemos visto en el artículo anterior. Á semejanza de la que nos causan las acciones funestas que presenciarnos en las funciones teatrales, es esa tristeza más

externa que interna, más que al alma impresiona á los sentidos, y va acompañada de una satisfacción engendrada por el cumplimiento del deber de acercarse á la desgracia para consolarla.

El vulgo compadece á los que se quejan porque piensa que los males que sufren son muy dolorosos. El principal objeto de la piedad de los grandes hombres es la poca energía de los que se lamentan de su suerte, porque estiman que ningún mal es tan grande como la cobardía de los que no pueden soportarlo con entereza y constancia, y aunque odian los vicios no odian á los viciosos; antes bien, guardan para ellos un sentimiento de piedad.

ART. 188. Quiénes son los que no sienten la piedad,

Sólo los espíritus malignos y envidiosos odian por naturaleza á todos los hombres. Sólo los embrutecidos por los vicios y bajas pasiones, los cegados por la buena fortuna ó desesperados por la mala, de tal modo que no piensan en que puede ocurrirles algún mal, son insensibles á la piedad.

ART. 189. Porqué esta pasión excita el llanto.

El conmovido por esta pasión llora con facilidad, porque el amor envía mucha sangre al corazón y hace que salga por los ojos gran cantidad de vapores; la frialdad de la tristeza retarda la agitación de estos vapores que se convierten en lágrimas.

ART. 190. De la satisfacción de sí mismo.

La satisfacción que experimentan los que practican constantemente la virtud es en el alma un hábito llamado tranquilidad y reposo de conciencia; pero la que sentimos después de verificar un acto que creemos bueno es una pasión, especie de alegría, la más dulce de todas porque su causa depende de nosotros mismos. Cuando esta causa no es justa, cuando las acciones de

que nos sentimos satisfechos no tienen gran importancia ó son viciosas, la satisfacción es ridícula y no sirve más que para infundirnos un orgullo sin fundamento y una impertinente arrogancia. Un ejemplo de lo que digo lo encontramos en los que creyendo ser devotos son simplemente unos supersticiosos, santurrones; van con frecuencia á la iglesia, rezan mucho, llevan cortos los cabellos, ayunan, dan limosnas, piensan que son la perfección misma y grandes amigos de Dios, creen que nada pueden hacer que sea desagradable al cielo y que todo aquello que su celo religioso les dicta es bueno aunque esos dictados consisten en realizar los crímenes más horrorosos que puedan cometer los hombres, matar reyes, traicionar pueblos, exterminar ciudades enteras, y todo esto porque existen hombres que no profesan sus creencias.

Art. 191. Del arrepentimiento.

El arrepentimiento es directamente contrario á la satisfacción de sí mismo, y consiste en una especie de tristeza que se origina en el pensamiento de haber cometido alguna mala acción. El arrepentimiento es muy amargo porque su causa está en el que lo siente. Esto no impide que sea de gran utilidad, cuando es cierto que la acción de que nos arrepentimos es mala y de ella tenemos un adecuado conocimiento, porque nos incita á obrar bien en lo sucesivo.

Ocurre frecuentemente que los espíritus débiles se arrepienten de cosas que han hecho sin saber con seguridad que son malas; se persuaden de esta maldad sólo porque la temen, y si hubieran hecho lo contrario también se arrepentirían. Esta imperfección — porque imperfección es, bien digna de compasión — se corrige por los mismos procedimientos que sirven para remediar la irresolución.

Art. 192. Del favor.

El favor es propiamente el deseo de que suceda un bien á aquel que nos inspira una buena voluntad. Empleo la

palabra favor para significar esa voluntad en cuanto es excitada en nosotros por alguna buena acción de aquel por quien la tenemos. Nos inclinamos por naturaleza á amar á los que hacen cosas que juzgamos buenas, aunque por ello no obtengamos ningún beneficio directo.

El favor en esta acepción, es una especie de amor, no de deseo, aunque el deseo, de ver feliz al que se favorece le acompañe siempre. El favor va, por lo general, unido á la piedad porque las desdichas que sufren los desgraciados son causa de que apreciemos más reflexivamente sus méritos.

ART. 193. Del agradecimiento.

El agradecimiento es también una especie de amor excitado en nosotros por aquel por quien lo sentimos, y por lo cual creemos nos ha hecho algún bien ó por lo menos ha tenido intención de hacerlo. El agradecimiento es semejante al favor, con la diferencia de que aquel se funda en una acción que nos interesa, nos conmueve y hace nacer en nosotros el deseo de corresponder con otra digna de la primera. El agradecimiento tiene una fuerza extraordinaria hasta en las almas poco nobles y generosas.

ART. 194. De la ingratitud.

La ingratitud no es una pasión porque la naturaleza no ha puesto en nosotros ningún movimiento de los espíritus que la excite; es un vicio directamente opuesto al agradecimiento puesto que éste es siempre virtuoso y uno de los principales lazos de la sociedad humana.

Este vicio es propio de los hombres brutales ó exageradamente arrogantes, que piensan que todas las cosas les son debidas; de los estúpidos, que no reflexionan sobre los beneficios que reciben; de los débiles y abyectos que, sintiendo y reconociendo su debilidad y sus necesidades, buscan rastaramente el apoyo de los demás y después de recibido, odian á sus bienhechores porque no teniendo la suficiente fuerza de vo-

luntad para corresponderles ó desesperando de poder hacerlo así é imaginando que todo el mundo es mercenario como ellos y que ningún bien se hace sin esperanza de recompensa, piensan haber engañado á los que generosamente les prestaron ayuda.

ART. 195. De la indignación.

La indignación es una especie de odio ó aversión que se siente naturalmente contra los que hacen algo malo, sea cual sea la índole de este mal. Con frecuencia va unida á la envidia ó á la piedad; pero tiene, sin embargo, un objeto muy diferente, porque nos indignamos contra los que hacen bien ó mal á personas que no lo merecen; tenemos envidia á los que reciben ese bien, y sentimos piedad por los que sufren el mal. Verdad es en cierto modo que el hacer un bien á la persona indigna de él, viene á ser un mal. Quizá por esta razón Aristóteles y sus sucesores, suponiendo que la envidia es un vicio, han designado á la que no es viciosa con el nombre de indignación.

ART. 196. Porqué unas veces va unida á la piedad y otras á la burla.

Recibir un mal viene á ser en cierto modo lo mismo que hacerlo. Por eso nos explicamos que unos á la indignación unan un sentimiento de piedad y otros una carcajada burlesca, según tengan buena ó mala voluntad á los que cometen las faltas objeto de su piedad ó de su burla. La risa de Demócrito y las lágrimas de Heráclito quizá procedan de la misma causa.

ART. 197. Que frecuentemente va acompañada de la admiración y que no es incompatible con la alegría.

La indignación va acompañada con frecuencia de la admiración, porque estamos acostumbrados á creer que todas las cosas se realizarán en la forma que esti-

mamos buena, y cuando se verifican de otro modo nos sorprendemos y nos admiramos.

Tampoco es incompatible con la alegría, aunque de ordinario vaya unida á la tristeza, porque cuando el mal que nos indigna no puede perjudicarnos y considerando que no queríamos cometer otro semejante, sentimos algún placer. Posible es que este placer sea una de las causas de la risa, que en ocasiones acompaña á esta pasión.

ART. 198. De sus efectos.

La indignación es más propia de los que quieren parecer virtuosos que de los verdaderamente virtuosos. Los que aman la virtud no pueden contemplar los vicios de los demás sin sentir alguna aversión, pero no llegan á apasionarse si esos vicios no son grandes y extraordinarios. El indignarse con mucho calor por cosas de poca importancia es disgustarse con muy escaso fundamento; si la indignación recae sobre cosas que no merecen vituperio, es una injusticia; y si esta pasión no se limita á los actos de los hombres y se extiende hasta las obras de Dios, se comete una impertinencia y un absurdo. Existen hombres que, descontentos de su condición y fortuna, siempre encuentran algo que oponer á la marcha del mundo y á los designios de la divina Providencia.

ART. 199. De la cólera.

La cólera es también una especie de odio ó aversión que sentimos contra los que hacen algún mal, principalmente si los perjudicados somos nosotros, aun cuando también se siente cólera si el mal se hace á los demás.

La cólera es muy semejante á la indignación, con la diferencia de que aquella tiene su fundamento en una acción que nos interesa y de la cual queremos vengarnos, porque el deseo de la venganza acompaña casi siempre á esta pasión. La cólera se opone directamente al agradecimiento, como la indignación al favor; pero

es incomparablemente más violenta que estas tres pasiones, porque el deseo de rechazar las cosas que nos perjudican y de vengarnos, es el más imperioso de todos. Este deseo unido al amor propio es el que da á la cólera la misma agitación que en la sangre causan el valor y la temeridad; el odio transmite esta agitación á la sangre biliosa que viene del bazo y de las pequeñas venas del hígado, que entra en el corazón, y allí, á causa de su abundancia y de la bilis con que va mezclada y excita un calor más acre y ardiente que el excitado por el amor ó la alegría.

ART. 200. Porqué los coléricos que enrojecen son menos temible que los que palidecen.

Los signos exteriores de esta pasión son diferentes, según los temperamentos de las personas y la diversidad de las otras pasiones que se unen á la cólera.

Hay personas que palidecen cuando se encolerizan, y hay otras, por el contrario, que enrojecen y en ocasiones lloran. La cólera de aquellos es más temible que la de éstos.

La razón de esta diferencia es bien sencilla. Cuando no podemos ó no queremos vengarnos más que con gestos y palabras, empleamos toda nuestra fuerza y ardimiento, desde el momento en que nos conmueve la violencia de la emoción; esta es la causa de que enrojezcamos. Si sentimos piedad por nosotros mismos á causa de nuestra impotencia para vengarnos, lloramos.

En cambio los que proyectan una gran venganza se ponen tristes al pensar en la obligación que tienen de no permanecer inactivos después del acto origen de su cólera; y como á veces temen los males á que puede dar origen la resolución que han adoptado, palidecen y les sobrecoje un temblor frío; pero cuando se disponen á ejecutar su venganza se enardecen tanto más cuanto más temblaron antes, porque las fiebres que empiezan por frío suelen ser las más fuertes.

ART. 201. Que hay dos especies de cólera y que los más bondadosos son los que sienten la primera.

Podemos distinguir dos especies de cólera : la primera es muy rápida y se exterioriza mucho, aunque sus efectos son de poca importancia y se apacigua pronto; la segunda no se manifiesta tanto al exterior pero corroe el corazón y tiene consecuencias muy peligrosas.

Los más accesibles á sentimientos de bondad y amor son los más sujetos á la primera, porque esta cólera no procede de un odio profundo, sino de una pronta aversión que les causa sorpresa. Habitados á pensar que todo debe hacerse del modo que juzgan como mejor, se extrañan y se ofenden cuando ven que las cosas ocurren de manera distinta á la que habían imaginado, aunque la cosa no les interese directamente porque su natural bueno y amoroso les lleva á interesarse por los que aman tanto como por ellos mismos. Lo que para otros sería motivo de indignación es para ellos motivo de cólera; como son muy inclinados á amar, tienen mucho calor y mucha sangre en el corazón; y la aversión que les sorprende lleva á éste una gran cantidad de bilis que produce una gran emoción en la sangre; esta emoción no dura mucho tiempo porque la fuerza de la sorpresa no continúa; y, finalmente, ellos, al observar que el objeto que les ha disgustado no es digno de emocionarlos tanto, se arrepienten de la cólera que han sentido.

ART. 202. Las almas débiles y bajas son las que más se dejan arrastrar por la segunda especie de cólera.

La segunda especie de cólera es menos aparente que la otra; si se exterioriza es porque hace palidecer el rostro; pero su fuerza aumenta poco á poco por la agitación de un ardiente deseo de venganza excitado en la sangre, la cual mezclada con la bilis que del bazo y de la parte inferior del hígado, se ha dirigido al corazón, excita en este un ardor acre y punzante.

Por la misma razón que las almas más grandes son las más agradecidas, las más bajas, débiles y orgullosas son las que más se dejan arrastrar por esta especie de cólera. Cuanto mayor es el orgullo tanto mayores parecen las injurias y los bienes que los injuriadores menoscaban. Las almas bajas y débiles son las que más aman estos bienes porque dependen de los otros.

ART. 203. Que la generosidad sirve de remedio contra sus excesos

Aunque esta pasión es útil porque nos da el vigor necesario para rechazar las injurias, hay que evitar sus excesos con más cuidado que los de las demás porque turban la claridad del juicio, hacen cometer faltas de las que no tardamos en arrepentirnos, y en ocasiones impiden que rehacemos las injurias con la energía de que haríamos uso si tuviéramos más serenidad.

El orgullo es la causa principal de los peligrosos excesos de la cólera; por eso el mejor remedio contra todos sus excesos es la generosidad, porque teniendo en poco los bienes que los demás pueden quitarnos y considerando sobre todas las cosas la libertad y el imperio absoluto de nosotros mismos que se pierde en cuanto podemos ser ofendidos por alguno, despreciaremos las injurias que tanto ofenden á las almas que carecen de esa generosidad.

ART. 204. De la gloria.

Doy el nombre de gloria á una especie de alegría fundada en el amor, y que tiene su origen en la creencia ó en la esperanza que abrigamos de ser ensalzados por los demás. Se diferencia de la satisfacción interior en que ésta procede de la creencia de que hemos realizado alguna buena acción. En ocasiones nos alaban por cosas que creemos malas y nos censuran por cosas que creemos buenas.

La satisfacción interior y la gloria se asemejan en que son especies del amor propio y especies de la ale-

gria. Un motivo de que nos estimemos es el vernos estimados por los demás.

ART. 205. De la vergüenza.

La vergüenza, por el contrario, es una especie de tristeza, fundada en el amor propio, y que se origina en la creencia ó en el temor que abrigamos de ser censurados por los demás. Viene á ser, también, una especie de modestia ó humildad y desconfianza de sí mismo; porque cuando nos amamos de tal modo que nos es imposible imaginar que haya alguien que nos desprecie, difícilmente podemos sentir vergüenza.

ART. 206. De los efectos de estas dos pasiones.

La gloria y la vergüenza se asemejan en que nos incitan á la virtud, la primera por la esperanza y por el temor la segunda; pero es preciso tener un recto juicio acerca de lo que es digno de alabanza ó vituperio porque de este modo no nos avergonzaremos de obrar bien ni sentiremos orgullo por nuestros vicios, como les acontece á muchos.

No es conveniente despojarse por entero de estas dos pasiones, como hacían los cínicos en la antigüedad. Aunque el vulgo juzga muy mal, por lo general, como no podemos prescindir de él y nos interesa mucho ser estimados por nuestros semejantes, debemos en muchas ocasiones seguir sus ideas con preferencia á las nuestras en lo relativo á nuestros actos exteriores.

ART. 207. De la impudencia.

La impudencia ó descaro — desprecio de la gloria y de la vergüenza — no es una pasión, porque no existe en nosotros ningún movimiento particular de los espíritus que la excite; pero es un vicio opuesto á la vergüenza y á la gloria en lo que éstas tienen de bueno,

del mismo modo que la ingratitud se opone al agradecimiento y la crueldad á la piedad.

La causa principal de la independenciam ó descaro consiste en haber recibido en muchas ocasiones grandes afrentas. Todo el mundo piensa que la alabanza es un bien y la infamia un mal, que revisten una importancia extraordinaria en las relaciones sociales; pero esta importancia es desconocida por el que ha recibido graves afrentas y se ve privado del honor y despreciado por todos. Los que en estas circunstancias se hallan son las víctimas del vicio de que tratamos en el presente artículo.

Los impúdicos miden el bien y el mal por las comodidades del cuerpo; después de las afrentas gozan lo mismo que antes ó tal vez más — puesto que el honor les ha eximido de las obligaciones que siempre lleva consigo; y piensan que, en el caso de perder sus bienes de fortuna como consecuencia de su deshonor, habrá personas caritativas que los pondrán en condiciones de seguir gozando de la vida.

ART. 208. Del disgusto.

El disgusto es una especie de tristeza que procede de la misma causa que originó la alegría; porque nuestra naturaleza es de tal modo que la mayor parte de las cosas que nos agradan no son buenas para nosotros más que por cierto tiempo pasado el cual nos molestan. El beber y el comer, por ejemplo, son útiles mientras tenemos apetito y nocivo cuando lo hemos satisfecho. Saciado el apetito, manjares y bebidas son desagradables al gusto. Por eso esta pasión recibe el nombre de *disgusto*.

ART. 209. Del sentimiento.

El sentimiento es una especie de tristeza que lleva consigo una particular amargura porque va unida á cierta desesperación y al recuerdo del placer que el goce nos proporcionó en otro tiempo. Experimenta-

mos este sentimiento por los bienes que gozamos y hemos perdido tan fatalmente que ninguna esperanza conservamos de recobrarlos.

ART. 210. Del gozo.

Lo que aquí llamo gozo es una especie de alegría caracterizada por la circunstancia de ser mayor su dulzura á causa del recuerdo de los males que se sufrieron y que se han arrojado como un fardo que se llevara mucho tiempo sobre los hombros.

Nada de notable observo en las tres últimas pasiones que he descrito; las he incluido en este lugar para seguir el orden de la enumeración que hice al comienzo de este tratado. Esa enumeración ha sido útil para ver que no hemos omitido ninguna pasión digna por cualquier concepto de alguna consideración.

ART. 211. Un remedio general contra las pasiones.

Ahora que las conocemos todas, tenemos para temerlas menos motivos que antes; porque hemos visto que por naturaleza todas son buenas y que sólo tenemos que evitar sus malos efectos ó sus excesos. Los remedios que he indicado al tratar de cada una en particular, bastarían para combatir su pernicioso influjo, si todos los pusieran en práctica cuidadosamente. Entre estos remedios, he incluido la reflexión y la habilidad, para corregir los defectos nativos, separando los movimientos de la sangre y de los espíritus, de los pensamientos á que de ordinario van unidos; pero hay pocas personas lo suficientemente preparadas para evitar de ese modo el mal influjo de las pasiones; y los movimientos excitados en la sangre por los objetos de aquellas se derivan tan rápidamente de las impresiones producidas en el cerebro y de la disposición de los órganos, que no hay prudencia y habilidad humanas capaz de resistencia cuando no se cuenta con la debida preparación. Así, muchos no pueden dejar de reir cuando les hacen cos-

quillas, aunque para ellos éstas no sean motivo de placer, porque la sensación de alegría y sorpresa que les ha hecho reír otras veces, despertada en su imaginación, hace que el pulmón se infle súbitamente por la sangre que el corazón le envía. Los inclinados por temperamento á las emociones de alegría, de piedad, de miedo ó de cólera no pueden dejar de sentirse estremecidos de gozo, de llorar, de temblar ó de sentirse congestionados por la rabia, cuando su imaginación recibe alguna fuerte impresión del objeto de cualquiera de estas pasiones.

Lo que en tal ocasión debe hacerse — lo expongo aquí como remedio más general y más fácil de practicar contra todos los excesos de las pasiones — es tener en cuenta que todo lo que en aquel momento se presenta á la imaginación, tiende á engañar al alma y hacerle ver mucho más convincentes de lo que realmente son las razones que sirven para persuadirla del objeto de su pasión y mucho más deleznable las que tratan de alejarnos de él. Cuando la pasión sólo persuade de cosas cuya ejecución sufre algún aplazamiento, es preciso abstenerse de formar juicio en el acto y distraerse con otros pensamientos hasta que el tiempo y la tranquilidad apacigüen la emoción que enardece la sangre. Cuando la pasión incita á acciones que se han de realizar en aquel mismo momento es necesario que la voluntad haga que consideremos y sigamos las razones contrarias á las representadas por la pasión, aunque parezcan menos convincentes; por ejemplo, cuando nos vemos atacados por un enemigo la ocasión no permite que empleemos tiempo en deliberar.

Los que tienen el hábito de reflexionar sobre sus actos pueden, en el caso de ser asaltados por el miedo (sirva esto de ejemplo), tratar de desviar su pensamiento de la consideración del peligro, representándose las razones que nos dicen que hay más seguridad y más honor en la resistencia que en la huida; y cuando sientan que el deseo de venganza y la cólera les incitan á correr hacia los que les atacan, pensarán que es imprudente el perderse pudiendo salvarse sin deshonra y que siendo desigual la lucha una retirada discreta y prudente es preferible á una muerte segura.

ART. 212. Que de ellas dependen el mal y el bien de esta vida.

El alma tiene sus placeres peculiares; pero los comunes al alma y al cuerpo dependen de las pasiones; de modo que los hombres más sensibles á ellas son los más capaces de saborear las dulzuras de la vida. Verdad es que se exponen á sufrir las más grandes amarguras cuando no saben gobernar sus pasiones ó les es contraria la fortuna; pero una prudencia hábil y razonada es tan útil en este caso, que enseña de tal manera á adquirir el dominio de sí mismo y á dirigirse con tan exquisita moderación, que se soportan fácilmente los males y hasta en ellos encontramos alegrías.
